

TORMENTA DE VERANO

Juntate con esos muchachos, que están tan bien educados.

La madre del Negro Prati estaba segura de la rectitud de las enseñanzas que daba Mamagrande, católica e irlandesa, a sus hijos, y aconsejó una vez más al suyo, en el comienzo de la mañana sin trabajo y con calor del miércoles de ceniza de 1934, tomando mate bajo la parra.

Todos los hijos de Mamagrande podían ser el espejo para la virtud de su hijo, pensaba la madre del Negro Prati, pero los que estaban más cercanos a él en edad eran cuatro de los ocho varones: Claudio, que volvía de dos años de conscripto en Puerto Belgrano y uno de hachero en Sumbland y estaba para entrar como foguista en el ferrocarril, Santiago y Eduardo que se preparaban para probar suerte como empleados en las oficinas que tenía en Junín el Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico o en algún frigorífico de Buenos Aires, y Carlos, que ya había visto en el seminario que podía ser muchas cosas en su vida pero no sacerdote.

Por sus hijos, por los amigos de sus hijos y por la humanidad en general, Mamagrande y la madre del Negro Prati rezaban en esa Cuaresma para que las tentaciones del mundo no los llevaran por el camino del pecado, mientras la ciudad preparaba los festejos de Carnaval: corso con antifaces, serpentinas y papel picado con prohibición de juegos con agua por la calle Rivadavia, bailes en los clubes de acuerdo con la condición social de cada uno.

Al Negro Prati y sus espejos de virtud no les daba para poder entrar en el Club Social ni en el Club BAP, y antes de viajar hasta un baile anunciado en un salón pasando el Boliche Amarillo, se dispusieron a usar el tiempo compitiendo por uno de los premios que daban los comercios de la ciudad a las mejores comparsas en el corso de la calle Rivadavia.

No tenían recursos económicos ni tiempo para armar la carroza con gran despliegue, pero tenían, en cambio, una imaginación que les permitiría suplir esas escaseces, opinaban el Negro Prati y sus amigos entre los que también estaba José Patiño, dueño con su padre de un carro y cuatro caballos con los que traían hortalizas desde las quintas al centro de la ciudad, y así se prepararon para concursar en el desfile de la noche del viernes.

El grupo artístico-escultórico se llamaría, decidieron, Tormenta de Verano, y acondicionaron el carro con lo mejor para la ocasión. Protegieron el pescante y la parte delantera del carro con una enramada de caña bambú y pasto seco, apoyada sobre un tirante y dos horcones de sauce, que daba al espacio un cierto

aire campero. Bajo la enramada, un tabón tapado con cueros de ovejas haría las veces de banco, y para completar la escena un brasero apagado con una pava sin agua porque nadie tomaría mate, unas cabezas de vaca tal como se relata en las historias de Eduardo Gutiérrez, y unas ramas de paraíso distribuidas más o menos al azar, pero en cantidad suficiente para proteger a los actores del imaginario sol del verano.

Para sostener el tablón donde se sentarían los criollos a tomar el fresco bajo el alero, se dispusieron dos tambores cuyo mágico contenido daría sabor y sentido al espectáculo.

Lavaron los caballos, los vistieron con los mejores arneses, les agregaron algunos cencerros para aportar música al paseo, y con la ropa de tamberos, bombacha bataraza, boina vasca, camisa blanca con pañuelo al cuello y alpargatas, se presentaron ante las autoridades del corso para registrar su carroza.

Desde el pescante, Patiño y uno de los espejos de la virtud llevaban las riendas de los caballos enjaezados, mientras atrás Prati con los otros improvisaban una irreproducible tertulia de gauchos en una tarde de verano.

La primera impresión no favorecía a la carroza y sus integrantes, y entre los miembros del jurado hubo un debate sobre los límites del reglamento que permitía que un grupo se presentara sin organización en la escena ni recitados escritos tal como se pedía y habían hecho los grupos hasta ese momento. Sirvió como atenuante que eran tan pocos los grupos que después de esperar dos horas se los dejó pasar a concursar, desfilando entre las familias que conversaban en la vereda mientras los hijos corrían en la calle y tiraban serpentinas y papel picado.

Si el conjunto criollo lo precedió un grupo que representaba el nacimiento de la primavera, dos o tres mujeres con vestidos hasta los pies y frentes coronadas con flores de papel, rodeadas por unos músicos de la banda municipal se turnaban en temas con guitarra, violín, clarinete y bandoneón, recitaban poemas de Rubén Darío, Delio Destéfani y José Martí, recibían el saludo de las mujeres, el aplauso de los hombres, avanzaban otros veinte metros para impactar a otro auditorio con su romanticismo.

Antes, un camión llevó en la caja la interpretación cómica de los hombres más destacados de la ciudad, médicos, abogados, escribanos, estancieros, a cargo de sus hijos que declamaban a gritos algunos de los beneficios que recibían los vecinos. Se sucedían en la escena un supuesto pleito en el que el abogado de Junín lograba para su cliente, a todas luces un hombre humilde de espíritu y haciendas, una sentencia favorable gracias a su influencia sobre el juez de

Mercedes que entendía en la causa, y con quien se hacía notoria la amistad con abrazos, palmadas y discursos conceptuosos. El médico rescataba a una madre de una fiebre que parecía llevársela para siempre del pueblo y le aconsejaba sobre cómo cuidar la higiene del hogar y la salud de los hijos. El estanciero regalaba a su peón ristras de chorizos y morcillas, medio costillar y unos quesos, casi poniendo en riesgo la herencia familiar, pero con el único objetivo de llevar prosperidad a su peón el estanciero, a su paciente el médico, a su cliente el abogado, para que Junín llegara al destino de grandeza que le tocaba, y que sus vecinos principales cuidaban y cultivaban.

Después, entreverados con otras representaciones de menor complejidad alegórica, venían los gauchos: echaban de un modo más o menos ordenado algunos consejos del Viejo Vizcacha, fragmentos de poemas de Espronceda y Echeverría y estrofas del saber popular cuyo último verso no alcanzaba a escucharse con claridad, tapado por exclamaciones de los postillones y advertencias de que se venía el agua, mientras las ramas de paraíso se agitaban con un viento imaginario que las hacía tocar los tambores que estaban en el carro y luego moverse en el aire desparramando un anticipo de tormenta de verano que como breve chaparrón se distribuía en el grupo que había presenciado atento el recitado hispano criollo.

El carro avanzaba unos metros y mientras las ramas de paraíso volvían a su posición original, desde los tachos salía una botella de cerveza por cada gaucho, recitador o no, que le ofrecía coraje suficiente para enfrentar al próximo grupo, donde ya se notaban movimientos de expectación, llamados de las madres a sus hijos para que no se alejaran de sus faldas, gestos de los caballeros más conservadores que invitaban a sus esposas a alejarse un poco del cordón de la vereda.

El recitado de la cuarta parada terminó con el chaparrón propio de una tormenta de verano y, tal como en ocasiones se ha visto, el agua vino acompañada de sapos que surgieron de uno de los tachos por su propio impulso y por la ayuda de los recitadores, inundaron los alrededores del carro y comenzaron a entreverarse con el público que, no por desconocimiento de los bichos, pero sí por la sorpresa de su visita en pleno curso de la calle central de la ciudad, fue elevando el tono de los comentarios respecto del espectáculo burlesco que les tocaba protagonizar.

Cuando llegaron los agentes de policía, en el carro había cinco criollos tomando cerveza sin ningún disimulo y recitando cada cual su propio poema de Espronceda o Hernández, sin ningún control, mientras el sexto, caminando detrás del carro, intentaba vanamente con una rama de paraíso encarrilar a los sapos que no

respetaban una imaginaria formación que decía a quien quisiera escuchar que habían ensayado con éxito desde hacía un mes.

Los caballos quedaron en custodia en el corral de la comisaría, y los cinco que estaban en el carro ocuparon el calabozo olvidados de recitar poemas criollos y más interesados en echar párrafos sobre la madre del señor comisario y acerca de la incompreensión del público. El sexto gaucho, perdida ya toda esperanza de enderezar el paso de los sapos, fue a buscar a sus amigos a la comisaría; en la puerta no había nadie, en el corralón encontró el carro. No tuvo suerte en el primer intento, pero al fin trepó y encontró lo que buscaba; las botellas de cerveza estaban todavía en los tambores y para celebrar destapó una y la bebió sin respirar.

Sus compañeros, amigos, hermanos, que lo veían desde atrás de las rejas de la ventanita del calabozo, toleraron que tomara una cerveza, incluso dos, pero cuando sacó la tapa de la tercera le hicieron saber sin disimulos que estaban ahí, a la vista de él, presos y para peor, sedientos.

Los vigilantes volvieron a la comisaría en la mitad de la noche, pero sin ánimo de molestar y sin intención de que nadie los interrumpiera en el breve sueño que podrían gastar hasta que llegó el principal, a la mañana, y encontró dormidos a los vigilantes y a los vigilados, unos tal vez por cansancio, los otros por ebriedad.

El Negro Prati volvió a su casa el lunes a la mañana, sobrio y caminando desde la esquina donde Patiño dejó a todos, de paso para su casa; saludó tranquilo a su madre que desde temprano tomaba mate esperando noticias de él:

—Estuve con los hijos de Mamagrande, como me aconsejaste.